

que bellas invenciones de los legisladores para alucinar al vulgo. Estos habian degenerado del maestro, pero los malévolos le achacaban las culpas de sus discípulos, los desórdenes del uno, las atrocidades del otro. Las verdades que decia debian atraerle odios: si á la deseneadenada democracia de Atenas oponia la estabilidad de Esparta, se le declaraba desafecto á la patria; habiendo dicho que la patriótica severidad de Eurípides le agradaba mas que la desvergonzada mofa de Aristófanes, este lo puso en escena errante como un somnábulo, ya sobre las nubes, ya debajo de ellas, y achacándole precisamente aquellas ideas abstrusas de que mas ajeno se encontraba; moda vieja y que sin embargo siempre se reproduce.

Costumbre es de los gobiernos democráticos mirar con malos ojos al que se eleva, y los Atenienses, no distintos de los modernos, odiaban toda superioridad, hasta el punto de castigarla con el ostracismo (1). Lisonjeaba este bajo sentimiento Aristófanes poniendo en ridículo á Sócrates, al trágico Eurípides y al astrónomo Meton, que inventó el ciclo de 19 años, y á quien él llamaba medidor de aire.

Caso era aquel para que Sócrates recordase el dicho de Eurípides: *Aborrezcámos á aquellos que celebrando las burlas, pervierten á los hombres*. Pero él no pensaba en disculparse; rectó en su camino, fiel á sus convicciones, formaba discípulos que debian honrarlo eternamente como Jenofonte, Cebes, Antístenes, Aristipo y Platon. Las injurias no lo alteraban; y cuando en el teatro se veía puesto en escena, permanecía inmóvil y atento, diciendo, que le parecía hallarse en un banquete donde alegraba á los convidados. Habiendo recibido un bofetón, exclamó: *Lástima es que no sepa el hombre cuándo debe salir con visera*. Su tormento doméstico era su mujer Jántipa, que diariamente le proporcionaba ocasiones de ejercer la paciencia: esta un día, despues de un diluvio de injurias, le arrojó á la cabeza la lejía; pero él no dijo mas que: *Rara vez truena sin llover*. Confesaba Jántipa que nunca habia visto á su marido salir y volver á casa con distinta expresion en su semblante. ¡Tanto revelaba el exterior aspecto la tranquilidad interior! Un tal Zopiro, el Gall ó el Lavater de Atenas (2), que preten-

(1) Jenofonte (Ἀθηναίων πολιτεία) dice del pueblo ateniense: «Persigue á los hombres de mérito, ó á todo superior, degrada y condena á destierro ó muerte á los mas ilustres, mientras colma de honores á los que extrae de la nada: todo para mayor gloria de la democracia... Celoso de su propio honor, no sufre ser presentado ó censurado en el teatro, pero fomenta en él la sátira licenciosa con tal que recaiga sobre los nobles, ricos ó varones célebres; y no es porque los desprecie; los odia porque los estima y teme. Démosle el parabien por comprender tan perfectamente sus intereses. Hace lo que le tiene mas cuenta.»

(2) Aristóteles nos dice que los fisonomistas antiguos juzgaban de las cualidades del ánimo por la semejanza de facciones con las de los pueblos que mas se diferenciaban entre sí por su forma exterior y costumbres como los Egipcios, Tracios y Escitas. Διέδομενοι κατὰ τὰ ἔθνη ὅσα διέφερε τὰς ἕψεις καὶ τὰ ἦθη, ὡς οἱ Αἰγύπτιοι, καὶ Θράκες, καὶ Σκύθαι. *Fisonomía*, cap. 4.

dia conocer por la fisonomía las inclinaciones de un hombre, dijo, examinando á Sócrates que debia de ser soberbio, estúpido, envidioso y lascivo; y habiéndose reido de él cuantos conocian á Sócrates, confesó este que efectivamente sentia tales inclinaciones, pero que las habia sofocado á la fuerza. Por esto declaró el oráculo de Delfos que no habia hombre mas libre, justo y prudente que Sócrates.

Viendo perecer ó salir desterrados á tantos por la crueldad de los Treinta, decia: *El pastor que viese de día en día menguar su rebaño, y no quisiera confesar que era un mal ganadero, no sería sincero; ménos aun lo sería el jefe de una ciudad que, viendo disminuirse los ciudadanos negase ser un mal gobernador*. Los Treinta, por lo tanto, le mandaron callar y no hablar con persona que bajase de treinta años, pero él siguió con igual libertad, y al que le preguntaba si no temia que le viniese algun daño por su franco modo de hablar, le respondia: *Antes aguardo mil, pero ninguno igual al que cometería haciendo una injusticia*.

A pesar de hallarse dotado de semejantes virtudes, tal vez hubiera vivido tan solo en la grata memoria de sus discípulos, si la persecucion no le hubiese alcanzado y conducido á un fin, que formó de él un ideal, nuevo todavía para la Grecia, cual era el de un sabio que moria por sostener su opinion. En efecto su virtud, respetada por los tiranos de Atenas, no encontró el mismo respeto entre sus conciudadanos, que enjuiciaron al justo como reo de impiedad, corruptor de la juventud y maquinador de novedades; culpas que se suelen echar en cara al que no tiene ninguna. Un tal Melito, poeta trágico silbado, un abogado llamado Licon, y un rico propietario llamado Anito, que habia ayudado á Trasíbulo á redimir la patria, y que por lo mismo la echaba de popular, promovieron el proceso y alegaron las pruebas de su culpa. Los jueces, segun la costumbre, preguntaron á Sócrates de qué pena se juzgaba digno: *De ser colocado*, respondió, *en el palacio de la ciudad y mantenido á expensas públicas*. El derecho individual estaba eminentemente desarrollado en Atenas, cuando todos tenian voto y querian demostrarlo con hacer todas las leyes é intervenir todos tambien en los juicios. Por las reformas democráticas de Pericles se habian transferido los juicios del Aréopago á los tribunales públicos, compuestos á veces de 500, 1,000 y 1,500 individuos, elegidos por suerte. Ante esta turba, ¿habiera podido explicar su filosofía? ¿Convenia á su sistema comba ir las costumbres patrias para demostrar los fundamentos de sus innovaciones? Creyendo, pues, locura pretender convencerlos, y cobardía renegar de sus creencias, no quiso servirse de los artificios oratorios á que recurrían los reos para salvarse, diciendo le sentarian tan mal como el calzarse borcegués jónicos. Al que le preguntaba por qué no pensaba en su defensa, respondia: *Toda mi vida he pensado en ella, no haciendo nada*

Sen-
tencia
conde-
natoria
de
Sócrates.
400.

digno de castigo. Y cuando le tocó hablar, pronunció «una arenga pueril de inconcebible sublimidad (1).»

« Soy septuagenario, y es la primera vez que me presento ante un tribunal; por lo tanto, ignoro el artificioso lenguaje de mis adversarios; pero solo por obedecer á la ley, os hablaré como me habéis oido hablar siempre en la plaza, en los bancos y en otras partes. Proclaman mis acusadores que indago las cosas celestes y las subterráneas, hago buena la causa mala y enseño este arte á los demas. Pero yo digo de esto que no sé nada; y pues que siempre hablé en público, decid si me ha oido alguno jamas proferir semejantes cosas, ó mas bien si los que de jóvenes me escuchaban, no han continuado amándome cuando adultos. Mi sabiduría es enteramente humana, y el oráculo me ha declarado mas sabio que todos, solo porque sé que no sé nada; y por que lo dije, me atraje la enemistad de los filósofos, artistas y poetas, que creian saber muchísimo. La juventud que me oye aprende á no hacer gran caso de su pretendida sabiduría; y por eso dicen que yo la corrompo, y por eso han excitado contra mí el odio de Melito, de Anito y de Licon. Ahora me imputan estos los delitos de corromper á los jóvenes, de no creer en los dioses é introducir otros nuevos. Pero la primera imputacion es increíble, porque nadie ciertamente querria ir poco á poco convirtiendo en malvados á hombres que despues podrian perjudicarlo: y si yo he caido en falta, ¿por qué mis acusadores no me corrigieron é instruyeron á tiempo? En cuanto á la segunda, está contradicha por la tercera, pues que con solo hablar de mí demonio, ya demuestro creer en la existencia de los dioses. Este demonio me manda filosofar y yo obedezco, como obedecieron vuestros capitanes, ¡oh! Atenienses, en Potidea, Anfipolis y Delio; y si me enviárais absuelto bajo la condicion de no volver á filosofar, no querria, por obedeceros, desobedecer á las dioses, á los cuales creo no puede tributárseles mayor honra que trabajar continuamente, á fin de insinuar en el ánimo de jóvenes y viejos lo preferentes que son los bienes del alma á los del cuerpo y á las riquezas. Y si ahora me defiende no es tanto por mí cuanto por miramiento vuestro, porque si me hacéis morir inocente, pecaréis contra Dios, que me puso sobre vuestra ciudad como á un tábano sobre un noble caballo para picarlo y tenerlo despierto. Por lo cual, si bien jamas desempeñé magistratura alguna, creo haber prestado grandes servicios á la patria, con no haber abandonado nunca la causa de la justicia, ni haber cedido ante la fuerza ó autoridad del pueblo ó de los tiranos. Ni para interesaros ahora en mi favor recurriré á medios que crea ménos buenos ó justos, porque al contrario

(1) Montaigne.

de lo que se me imputa, creo en Dios mas que cualquiera de mis acusadores: por esto á Dios y á vosotros remito mi juicio.»

Impusósele una multa, y rehusó pagarla, porque no pareciera con esto que se confesaba reo. Queriendo sus amigos proporcionarle la fuga, se negó á recurrir á ella, diciendo que no habia lugar alguno en el Atica donde no se muriese. En efecto, la fuga hubiera degradado la dignidad de su causa, que en vez de esto, atendida su constancia, quedó honrada por la posteridad.

La turba, conmovida entónces por las palabras de los que invocaban la patria, el culto y la educacion, lo condenó por 281 votos sobre 556, esto es, por tres votos solos. No supo Sócrates llevar en paz esta injuria, y cambiando su defensa en una ironía mordaz que rayaba en vilipendio, se confesó vencido, pero no por la razon, sino por la audacia y la desvergüenza; hizo su elogio y concluyó diciendo: « Grande esperanza tengo, ¡oh jueces! de que me resulte un bien por haber sido condenado á muerte. Porque una de dos, ó con la muerte termina todo, ó una nueva vida nos aguarda. Si todo termina, ¡qué felicidad reposar dulcemente y sin sueños despues de los grandes trabajos de la vida! Si otro mundo me espera, ¡qué contento encontrarme con los antiguos sabios; unirme á tantos otros heridos por inicuas sentencias, y muerto por vuestra mano, presentarme á aquellos que tienen derecho á llamarse jueces! A vosotros ningun mal os deseo, sino en cuanto tuvisteis intencion de hacerme daño. Yo voy á morir, vivid vosotros: cuál de entrambas cosas sea la mejor, los dioses únicamente lo saben.»

Pero aunque por sus palabras parecia dudarlo, él tenia por cierto que una vida inmortal se abria á su alma, y así es que aun cuando despues de haber bebido serenamente la cicuta, vió llorar á sus amigos, él solo hablaba intrépido con ellos de sus póstumas esperanzas y con ellas moria. Preguntándole uno, antes de espirar; si deseaba alguna cosa: *Si*, dijo, *sacrificad por mí un gallo á Esculapio*.

Acostumbraban á hacer igual sacrificio los que curaban de una enfermedad peligrosa, y considerando como tal la vida, quiso, con su acostumbrada ironía, dar gracias al Cielo por haberlo librado de ella.

Poco tardó Atenas en conocer su crimen y arrepentirse. Melito fué muerto por el furor del pueblo; Anito se fugó, y los demas perseguidores quedaron tambien castigados, unos con multas, otros con la infamia, todos con el remordimiento.

CAPÍTULO XVI

Retirada de los diez mil. — Lisandro. — Agesilao.

Volvamos los ojos hácia la Persia, que tanta parte representó en las vicisitudes de Grecia.

463. Cuando la derrota experimentada á orillas del Eurimedonte y la pérdida del Quersoneso de Tracia hubieron cerrado la Europa á los Persas, Jéjres volvió á su serrallo, donde fué muerto, como hemos referido. En los cuarenta años que reinó Artajérjes I, se manifestó la decadencia del imperio; y él, aunque de buenas cualidades, no tenia talento y vigor para detenerla. Histápes, su hermano, le sublevó la Bactriana, y no pudo reducirla á la obediencia hasta despues de dos batallas. La guerra, ya sorda, ya abierta contra Aténas, las discordias y el descontento que estallaban en el corazon del imperio, la rebelion que ya narramos del Egipto, lo tuvieron ocupado, hasta que la victoria alcanzada por el Ateniense Cimón en Chipre le obligó á hacer la paz, á reconocer la libertad de los Griegos del Asia, y á prometer no mandar mas naves al Egeo, ni tropas á tres jornadas de la costa. Tal fué el glorioso éxito de la guerra meda.

449. En la de Egipto, Megabises, sátrapa de la Siria, que la terminó, habia prometido la vida á Ináros, rey de Libia, motor de aquella sublevacion. Pero habiendo sido condenado este á muerte por el rey, Megabises tomó de aquí pretexto para sublevar la Siria, derrotó dos veces los ejércitos reales, y dictó él mismo las condiciones de su reconciliacion con Artajérjes. Este primer ejemplo de la afortunada rebelion de un sátrapa contra el imperio fomentó otras nuevas. Amétris, madre, y Amítis, mujer del rey, entrambas disolutas é intrigantes, habian favorecido á Megabises, y arreglado los negocios del reino á su antojo; de modo que siempre tuvieron bajo su dependencia al rey hasta su muerte. Apénas hacia cuarenta y cinco dias que Jéjres II, único hijo legítimo de Artajérjes, ocupaba el trono, cuando lo mató su hermano Sogdiano, el cual al cabo de seis meses fué precipitado y muerto en el suplicio de las cenizas (1) por Oco, otro hijo natural de Artajérjes, que reinó con el nombre de Darío II Noto, esto es bastardo. Diez y nueve años poseyó este el imperio; y refiérese que preguntándole su hijo cómo habia reinado tanto tiempo, y tan felizmente, respondió: *Con la piedad para con los dioses, y la justicia para con los hombres*. La historia dice, sin embargo, que siempre vivió bajo la dependencia de Parisátis, su mujer, y de tres eunucos, uno de los cuales, llamado Artoxáres, subió al patíbulo, por querer subir al trono (*).

La extincion de la estirpe real destruyó el imperio y acabó con los lazos de la obediencia; tanto mas cuanto que la nueva dinastía alteró la primitiva constitucion, fiando el gobierno de

(1) Se precipitaba al paciente desde una alta torre en un monton de cenizas, donde quedaba sofocado. Otro suplicio persa era el que consistia en poner una sobre otra dos artesas, en cuyo hueco quedaba sujeto el condenado sin dejarle fuera mas que la cabeza para recibir el alimento, que le obligaban á tomar pinchándole los ojos. Así vivia hasta que los gusanos engendrados por sus secreciones le roían las entrañas.

(*) Los otros dos se llamaban Artibarzánes y Atoo y fueron muertos tambien por orden de la reina Parisátis.

muchas provincias á un mismo sátrapa, y encomendando ademas á estos gobernadores la autoridad militar. Multiplicáronse por lo tanto las revueltas; y si bien la corte llegaba á sofocarlas, lo hacia por medios péfidos que revelaban su debilidad. Las mas peligrosas fueron la de Arsites, hermano del rey, sostenido por un hijo de Megabises, y la de Pisútnes, sátrapa de la Lidia, las cuales no pudieron calmarse sino apoderándose á traicion de sus jefes.

444. De esta debilidad é inquietud se aprovecharon los Egipcios; y Amirteo, que desde la sublevacion de Ináros se habia mantenido retirado en los terrenos pantanosos, salió á campo seco, y apoyado por la poblacion, arrojó de nuevo á los Persas del Egipto, y condujo las cosas tan prósperamente, que estos tuvieron que reconocer por reyes á él y á sus sucesores.

404. Grave peligro amenazaba á la Persia, si la Grecia hubiese procurado entónces tomar venganza de los antiguos ultrajes; Conon se habria anticipado á Alejandro Magno. Mas la guerra peloponesiaca, que duró tanto como el reinado de Darío Noto, no solamente dejó en seguridad á los Persas, sino que los colocó en posicion de dañar á la Grecia. Usando en este país de las oficiosidades de que se valieron los emperadores de Alemania con las repúblicas italianas de la edad média, y tratando siempre de apoderarse de él como presa que se le debia, alimentaban las facciones, corrompian con el oro, sostenian á la parte que sucumbia con el fin de debilitar á la prepotente; y hubieran arrastrado á la Grecia á su última ruina, si genios astutos como el de Tisaférnes hubieran dirigido siempre los consejos de la corte persa, y si las resoluciones de esta no hubieran sido contrariadas por la envidia y los caprichos de los sátrapas del Asia Menor. Tisaférnes se confederó con Esparta, si bien la política de Alcibiades impidió por largo tiempo los efectos de esta alianza. Lisandro, sin embargo, consiguió ganarse el ánimo de Giro, hijo menor de Darío Noto, descrito por algunos como el modelo de los príncipes, prudente, instruido, activo, valeroso, fiel á su palabra, y de una constante probidad. Contaba él á Lisandro haber hecho por su propia mano los diseños, trabajado el terreno y plantado muchos árboles en los jardines en que tanto se solazaba; y mostrándose incrédulo el Espartano al observar lo rico de sus vestidos, de los collares y de los brazaletes, el jóven príncipe le juró por Mitra, que nunca tomaba alimento sin que antes se hubiera fatigado trabajando.

411. Si poseía realmente tan buenas disposiciones, debian de estar maledas por la educacion del serrallo y la predileccion de su madre Parisátis, que le lisonjeaba la vanidad y el deseo de reinar. El ceremonial persa hacia reo de muerte al que mirase al rostro de una concubina del rey, ó en la caza tirase á una fiera ántes que este, ó se presentase sin tener las manos dentro de las mangas de la túnica. Esta última costumbre omitieron dos primos de Giro al presentár-

sele, y él los condenó á morir. Pareció á Darío que Giro con esto usurpaba honores reservados solamente á la majestad; por lo cual lo llamó del Asia Menor; y aunque Parisátis trabajó para que lo eligiese por sucesor, por haber nacido en la púrpura, el anciano rey se negó obstinadamente y prefirió á Artajérjes II, llamado Mne-mon por su prodigiosa memoria, concediendo á Giro hereditariamente el gobierno de la Lidia, la Frigia y la Capadocia, hermosas provincias que quedaron separadas del imperio.

404. Instigado aun Giro por su madre, no las aceptó sino como una preparacion para obtener el trono, al que aspiró mas abiertamente despues de la muerte de su padre. Tisaférnes, que habia ambicionado el gobierno dado á Giro, esperó obtenerlo acusándolo de traicion, y logrando que se le prendiera; pero la poderosa Parisátis lo hizo poner en libertad y restituir á sus provincias, adonde llegó con el deseo de vengarse; y como en los Estados despóticos no hay término medio entre el tiranizar y el servir, no sintiéndose con disposiciones para permanecer esclavo, debió pensar en hacerse rey.

411. Destruir un trono sostenido por un millon de guerreros, por la autoridad de la religion, por la fuerza que las cosas ya establecidas oponen siempre á las nuevas, hubiera parecido locura si no hubiese contado Giro con el vigor de su genio, con la ciega obediencia de súbditos que lo idolatraban, y con la alianza de Esparta. Habia conseguido el afecto de aquellos por su valor, su destreza y su afabilidad, no pensando en arruinar las provincias como acostumbraban hacerlo sus predecesores, sino atendiendo mas bien á fomentar la industria, á practicar la justicia y á proteger la agricultura, mostrándose mas deseoso de las ventajas de los otros que de las suyas propias. Solicitó la amistad de Esparta por medio de una carta en que se alababa de tener mas corazon de rey que su hermano, de estar instruido en la religion, y de ser capaz de beber mucho vino sin alterarse. Ademas, todos los dias suplicaba á los dioses le concediesen una vida suficientemente larga para premiar como era justo á sus amigos, y poderse vengar de sus enemigos.

Armó cien mil soldados en la península asiática; gente que ejercitándose con los Griegos, habia aprendido su disciplina y depuesto en parte la molicie asiática. Los Espartanos le ofrecieron ochocientos guerreros, mandados por Queirisofo, el apoyo de su escuadra, y amplia facultad para reclutar cuanta gente pudiese en los Estados dependientes de su república; así es que reunió diez mil hombres de armadura pesada, y tres mil entre arqueros y broqueleros.

La negligencia de Artajérjes le dejó hacer con seguridad estos preparativos; terminados los cuales, y atravesando con toda su gente mil doscientas millas en setenta dias de rápida marcha, se presentó á orillas del Eufrátes, y no encontró enemigos hasta Cunaxa, distante una jornada de Babilonia. Terrible fué la batalla que se trabó;

pero miéntras los suyos vencian, Giro cayó atravesado de una flecha, y con él concluyó no solo el instigador, sino la causa tambien de la guerra.

401. No quedó, pues, á su ejército otro partido que tomar sino el de retirarse; y Jónios y Griegos, inmолando un carnero, un toro, un lobo y un cerdo, prometieron conducirse como amigos leales en la difícil empresa. Viéndolos ordenados y unánimes, no se atrevieron los Persas á atacarlos, ántes bien convinieron con ellos en suministrarles provisiones para que no devastasen el país por donde marchaban. Pero Tisaférnes, negociador de este tratado, aspiraba á hacerlos prisioneros, para cuyo efecto se convino con Arieo, el cual estaba á la cabeza de los Jonios, para que abandonase á los Griegos. En su consecuencia, por medio de una traicion, envió á los diez mil entre la red de canales que saliendo del Tigris y del Eufrátes surcaban el territorio de Babilonia, y asesinó á Clearco y á cuatro generales. No por esto se intimidaron los demas, ántes bien bajo las órdenes de Queirisofo y Jenofonte, discípulo de Sócrates, continuaron su retirada.

Á nosotros, contemporáneos de la retirada de Moscou, no nos ofrecerian tan vivo interés los largos padecimientos de aquel puñado de valientes, si no los leyésemos insignemente descritos por Jenofonte, el Ney de la antigüedad, que nos dió la primera narracion de retiradas; empresa en que interesa tanto ver al hombre, no lanzarse al peligro por ambicion, avaricia ú heroísmo, sino desenredándose de las trabas que le impone la necesidad.

En primer lugar, formaban los Griegos cuatro falanges, marchando dos por el flanco, dos de frente, y en el centro los armados á la ligera, las bestias de carga, los siervos y las mujeres; habiendo quemado los carros, los equipajes y hasta las tiendas, y repartiéndose entre sí las cosas útiles. Encontrándose sin amigos, en país llano, y acosados sin descanso por la caballería de Tisaférnes, conocieron que formados en batallon cuadrado se marcha mal, cuando el enemigo ataca por la espalda; pues que es imposible que el soldado conserve su puesto, debiéndose estrechar el frente en los desfiladeros. Formáronse por lo tanto seis compañías de á cien hombres, que llenando los claros reparaban el desorden; y aun se diseminaron mas al pasar las montañas de los Carducos. En esta penosísima marcha la experiencia enseñó á Jenofonte el medio de hacer ocupar las eminencias por los armados á la ligera para tener á la vista al enemigo, y alejarlo fuera de tiro de dardo; y ademas el de acampar regularmente, elegir posiciones ventajosas, marchar con union, recoger y economizar los víveres que se encontraban, y llevarlos consigo por muchos dias, tener fuegos encendidos, apresar al espía del enemigo para hacerlo servir de guia; en suma, cada paso se convirtió para los generales griegos en una nueva leccion. Entre el hielo conoció Jenofonte la necesidad de impedir que el soldado se acercase demasiado al fuego; se